



La angustia en la psicosis: ¿un automatismo de lo real?

Leonardo Leibson

“El psicoanálisis consiste en descubrir que no somos transparentes a nosotros mismos. Entonces, ¿por qué los otros se nos volverían así?”

Jacques Lacan<sup>1</sup>

En los inicios de mi práctica me repartía entre los intentos por encontrar la posición del analista y el ejercicio como psiquiatra. Así me encontré con María, una paciente muy joven que se quejaba amargamente porque las voces que retumbaban en su cabeza no la dejaban en paz. Esas voces la insultaban, la denigraban y le imponían órdenes demasiado terribles: “cortate, matate, escapate de tu casa”.

Sus quejas se acompañaban de un estado penoso. Sufría mucho por ese repiqueteo constante que la acompañaba durante el día y que con el silencio de la noche se volvía aún más audible e imperioso.

Mi sentido común y mi juramento hipocrático me exigían acabar con ese problema. No lograba que la palabra tuviera efecto. En mi torpeza de novato intentaba calmarla o ensayaba (pseudo) interpretaciones acerca de los fantasmas que la acechaban. Ningún efecto, salvo que se duplicaban los lamentos y las oscuras ideas de terminar con ese sufrimiento arrojándose desde alguna altura.

Todo esto no sólo me preocupaba. Me afectaba. Salía del consultorio en un estado de abatimiento que me hacía deambular largo rato antes de poder volver a mi casa. El recuerdo retumbante de sus reclamos no me dejaba dormir.

Decidí entonces que la única solución sería aumentar la dosis de medicación. Enfrenté sus reticencias por las molestias que el fármaco le provocaba. Insistí con que era la manera de frenar ese tormento que amenazaba su existencia. Finalmente, aceptó “entendiendo” que era por su bien.

En el siguiente encuentro con María me encontré con dos sorpresas. Una, las voces prácticamente habían desaparecido. Lo que ella sentía ahora era silencio. Pero, y esta fue la segunda sorpresa, ese silencio le resultaba tan o más mortificante e insoportable que el bombardeo de las voces. Con toda claridad me dijo que ese silencio era un vacío horrendo, que sin “sus” voces se sentía perdida, desorientada, espantosamente sola. Y concluyó: “Por favor, devuélvame las voces, sin ellas no soy nadie.”

Pude salir de mi sorpresa a tiempo como para dejar que la función del analista prevaleciera sobre la del psiquiatra. Accedí a rebajar la medicación al nivel anterior. Con lo cual las voces volvieron y con ellas cierta calma. A partir de ahí, mi interés viró de querer hacerlas desaparecer hacia atender a lo que decían y al valor que tenían para María. Ya no era cuestión de borrar el síntoma sino de escucharlo.

---

<sup>1</sup> (Lacan 1967)



Poco tiempo después, María cuenta que las voces son de personas conocidas, algunos vivos, otros muertos. Y agrega: “y el otro día escuché su voz.” Ante mi gesto de sorpresa y temor, enseguida aclaró: “Tranquilo, yo sé que no era usted. Pero era su voz. Y escucharla me calma.” Algo del objeto estaba ahí, pero de otra manera. Hay distintos modos de estar psicótico.

Lacan destaca que la irrupción del fenómeno elemental viene a responder a “una pregunta que no llega a formularse”<sup>2</sup>. Esto brinda al sujeto un apoyo significativo para reconstruir su realidad amenazada. Siguiendo una intuición freudiana<sup>3</sup>, Lacan compara estas características del fenómeno psicótico con las “señales al costado del camino” que le permiten al sujeto reorientarse aun cuando la “carretera principal” del Nombre del Padre se interrumpa abruptamente<sup>4</sup>.

Es habitual que estos fenómenos se acompañen de afectos. Colette Soler<sup>5</sup> fundamenta que llamemos angustia a ese efecto articulándolo con la operación de la castración y la presencia del objeto  $a$ .

¿Es la angustia en la psicosis un fenómeno elemental? Cabe la duda, porque no se trata de un significante sino de un objeto lo que allí irrumpe. Lo interesante es que esa irrupción también puede brindar sustento para la reconstrucción del mundo. Esa angustia puede hacer hablar.

La angustia surge en tres momentos. Primero, la de María al estar sometida a las voces. Segundo, la que emergió, con otra potencia y alcance, ante el silenciamiento forzado de “sus” voces. Tercero, la angustia de mi lado, la que me dejaba retumbando e insomne; la que intenté silenciar con medicación; la que me permitió avanzar en esa cura. En ciertos momentos esa angustia se calma: cuando las voces regresan y cuando la voz del analista se entrelaza con las otras aportando una diferencia.

¿Por qué la angustia del lado del analista? Freud, en “Lo ominoso”, señala que ese afecto surge ante la locura<sup>6</sup>. Lacan destacará este hecho clínico en su “Pequeño discurso a los psiquiatras”<sup>7</sup>. Dice ahí: “los hombres libres (...) son precisamente los locos. No hay demanda del  $a$  minúscula, su  $a$  él lo tiene, es lo que llama sus voces. Y eso por lo cual en su presencia ustedes están angustiados, y con razón, es porque el loco es el hombre libre.”

---

<sup>2</sup> (Lacan 1955-56 y 1958).

<sup>3</sup> (Freud 1924)

<sup>4</sup> (Lacan 1955-56)

<sup>5</sup> (Soler 2000)

<sup>6</sup> Lo atribuye a “la exteriorización de unas fuerzas que ni había sospechado en su prójimo, pero de cuya moción se siente capaz en algún remoto rincón de su personalidad” (Freud 1919, 243)

<sup>7</sup> (Lacan 1967).



El “decir psicótico”<sup>8</sup> es una apuesta a reconstruir un sujeto. Esto requiere a un otro que escuche dispuesto a sancionar lo que ahí se dice como un efecto de palabra.

Para que alguien escuche de ese modo, debe enfrentar ese momento de angustia. Lacan dice que algo distinto aparece al “dejar de lado lo que la angustia tiene de angustiante”<sup>9</sup>. Eso supone una operación del lado del analista, esa que el psiquiatra no puede efectuar: preguntarse por su lugar en la escena transferencial.

Lacan insiste: “ustedes están concernidos, lo sepan o no”<sup>10</sup>. Y de ahí la angustia. ¿Ante qué? Lo que a veces se califica como “masivo” en la transferencia psicótica está determinado porque, al no demandar el sujeto psicótico el objeto, eso nos deja ante esa presencia. Ahí, la falta viene a faltar. Y con el riesgo, aún fantasmático, de quedar engullidos por eso.

Que María escuchara “mi” voz, teniendo claro que no era “yo” quien hablaba, hacía que me tuviera, como al objeto, “en el bolsillo”. Ese mismo objeto recortado aunque no caído, pero ahora inserto en un diálogo (transferencial) que la ayudaba a no quedar ella fagocitada por el goce que esas voces imponían.

Lacan lee en la angustia del analista frente al psicótico una característica estructural. Esto nos enseña que si bien la angustia es muda, el acto analítico, al alojar transferencialmente al objeto de la angustia, hace hablar. Es el acto que arranca a la mudez una pregunta que surge del lado del analista y que conmueve su certeza. La del analista y luego la del sujeto psicótico, descubriendo un rasgo de verdad en eso que se impone.

#### Referencias:

- Freud, S. (1919), “Lo ominoso”. En *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1988, págs. 219-251.
- Freud, S. (1924) “La Pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis”, en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976, págs. 189-198
- Lacan, J. (1955-56), *El Seminario, Libro 3, Las Psicosis*, Buenos Aires, Paidós, 1985
- Lacan, J. (1958), “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”, en *Escritos 2*, México, Siglo XXI, 1987, págs. 513-564
- Lacan, Jacques, (1967) “Breve discurso a los psiquiatras”, 10 de noviembre de 1967, traducción y notas de Ricardo E. Rodríguez Ponte, inédito

---

<sup>8</sup> (Lacan 1955-56)

<sup>9</sup> (Lacan, 1967)

<sup>10</sup> íb.

XII CITA DE LA INTERNACIONAL  
DE LOS FOROS  
VIII ENCUENTRO INTERNACIONAL DE LA  
ESCUELA DE PSICOANÁLISIS DE LOS FOROS  
DEL CAMPO LACANIANO

**ANGUSTIA**

¿CÓMO  
HACERLA  
HABLAR?

**1 - 5 MAYO 2024**

**EPIFCL**  
MAISON DE LA CHIMIE  
28 BIS RUE SAINT-DOMINIQUE  
75007 PARIS - FRANCE

- Soler, C. (2000), “La angustia en la psicosis”, en *¿Qué se espera del psicoanálisis y del psicoanalista?*, Buenos Aires, Letra Viva 2007, págs. 179-191.